

Miércoles de Ceniza – Casa Generalicia OCist – 13 de febrero de 2013

Lecturas: Joel 2,12-18; 2 Corintios 5,20-6,2; Mateo 6,1-6.16-18.

Con las lecturas de este primer día de Cuaresma, la Iglesia nos invita principalmente a entender que no hay conversión y renovación en nuestra vida sin una vuelta al Señor. Con el profeta Joel, el mismo Señor nos invita: “¡Volved a mí con todo el corazón!” (Jl 2,12). San Pablo se hace eco de esta súplica de Dios: “Os exhortamos en nombre de Cristo: ¡dejaos reconciliar con Dios!” (2Cor 5,20). Finalmente, Jesús en el evangelio nos invita a vivir todas nuestras prácticas religiosas, como la limosna, la oración, el ayuno, verdaderamente para Dios, buscando la presencia y la benevolencia del Padre, y no para satisfacernos a nosotros mismos, nuestra vanagloria: “Mirad de no practicar vuestra justicia delante de los hombres para ser admirados por ellos, de otra manera no tendréis recompensa de vuestro Padre que está en los cielos” (Mt 6,1).

Toda verdadera conversión es, en efecto, una vuelta al verdadero sentido de nuestra vida, una vuelta al Dios verdadero, una renuncia a los ídolos que ofrecen a nuestro corazón y a nuestra vida una falsa recompensa, una alegría vana y vacía, una seguridad engañosa. Y el ídolo más engañoso para cada uno de nosotros somos nosotros mismos, nuestro orgullo que desde Adán en adelante busca siempre hacernos Dios sin Dios, sin pedir y acoger de Dios mismo nuestra plenitud, la verdadera felicidad de nuestro corazón.

La conversión es así una *reconciliación*, un encontrar a alguien, una vuelta a alguien que nos quiere de verdad, más de lo que nosotros mismos nos queremos. La conversión verdadera es la vuelta al Padre, revelado en el Hijo, por medio del Espíritu Santo. Él es nuestra alegría, Él que nos ha hecho para Él, Él que por amor nos ha creado y desea plasmar nuestra existencia hasta su pleno cumplimiento, hasta la santidad en la comunión con Él.

Por esto, toda práctica religiosa y penitencial del tiempo de Cuaresma, y de toda nuestra vida, como lo recuerda san Benito en el capítulo 49 de la Regla, debe tener presente en el horizonte la relación con Dios, debe tender siempre al encuentro con el Señor, debe buscar y acoger la reconciliación con Dios, la gozosa comunión con Él. Todo aquello que no se vive así de esta forma, es una práctica vana, vacía, estéril, triste, porque está replegada inútilmente sobre nosotros mismos.

La oración, el silencio, la escucha y la meditación de la palabra de Dios, la práctica sacramental, la penitencia y la limosna, son ejercicios en los que la Iglesia nos enseña a poner en relación con Dios nuestro corazón, nuestra capacidad de conocimiento y de amor, todos los aspectos de nuestra humanidad, las relaciones entre nosotros, nuestros bienes y talentos, y también nuestro pecado. Todo puede y debe volver al Padre, todo debe ir al encuentro con el Padre que nos espera, que nos busca, que nos ha alcanzado ya en el Hijo ofrecido totalmente por nosotros y con el don del Paráclito. Porque cuando todo lo que somos se deja abrazar por Dios, todo se transforma en “justicia”, en el sentido bíblico del término, que significa santidad, vida verdadera, plenitud de sentido, positividad que nos permite estar contentos con todo, incluso con lo que nos falta y nos hace sufrir.

Amarse de verdad a uno mismo quiere decir amar la propia conversión, y amar la propia conversión quiere decir amar la vuelta a Dios, y amar la vuelta a Dios quiere decir amar a Dios, amar su amor, su misericordia infinita, ardiente en deseos de transformarnos en sus hijos.

Dentro de poco recibiremos las cenizas como acto penitencial que abre la Cuaresma. La liturgia presenta la posibilidad de dos expresiones para acompañar este gesto: “Acuérdate que eres polvo y en polvo te convertirás” y “Convertíos y creed en el Evangelio”.

La primera fórmula, y el gesto mismo de la imposición de la ceniza, nos recuerda que, como Adán, estamos modelados con la tierra, con el polvo, con la arcilla que Dios trabaja y en la que insufla el aliento de vida (cfr. Gen 2,7). Pienso que en la imposición de la ceniza no debemos pensar solamente en cómo terminaremos tras la muerte, sino más bien en el hecho de que estamos modelados por Dios con amor. Dios utiliza el polvo para formarnos, pero pone en nosotros su soplo de vida. Como polvo, no somos nada, pero como criaturas formadas y animadas por el mismo Dios, somos una maravilla de Dios. Lo que hace Dios creándonos al comienzo y en cada instante, lo que nos comunica con el Soplo de su Espíritu, es todo nuestro valor, nuestra belleza, nuestra dignidad, y debemos acoger todo esto con agradecimiento. La Cuaresma debe ayudarnos a volver a pensar y profundizar, y, por lo tanto, a vivir, lo que somos por Dios, gracias a Dios, que con amor modela cada instante nuestra nada para darnos la forma y la vida de su Hijo.

La segunda frase que puede acompañar la imposición de la ceniza, más que de la creación nos habla de nuestra re-creación, de la redención obrada por Cristo, por Jesús que nos llama a seguirlo con fe.

Recibir la ceniza escuchando la invitación: “Convertíos y creed en el Evangelio”, quiere decir ser llamados de nuevo a un justo enfoque no solo de la Cuaresma, sino de toda nuestra vida. Lo que se nos ofrece es la gracia de poder ser recreados, remodelados por Cristo siguiéndole por el camino del Evangelio, acogido con fe, seguido con fe: “Convertíos y *creed* en el Evangelio”. Se nos pide la disponibilidad para convertirnos, para cambiar, para dejarnos remodelar constantemente con fe, con confianza, por el Verbo de Dios que nos anuncia la Salvación.

“Convertíos y creed en el Evangelio”: esta es también la primera frase de Jesús cuando comienza su ministerio público (Mc 1,15). Hoy estamos invitados a volver a comenzar nuestro camino detrás de Él, con Él, que nos quiere conducir a la vida filial y fraterna, para volver todos juntos con Él al Padre.

Fr. Mauro-Giuseppe Lepori
Abad General OCist